

por anularlas, juego mi reputación en la contienda, consentiré en pasar por idiota, si á la postre no se anulan... Ya podéis extremar gastos y esfuerzos; acumular y amontonar toda clase de recursos comprados ó prestados; tratar y traficar con los míseros principillos alemanes que venden y mandan sus súbditos á las carnicerías de los príncipes extranjeros; vuestros esfuerzos serán por siempre vanos é impotentes, doblemente impotentes por el auxilio mercenario que os sirve de apoyo, porque irrita el alma de vuestros enemigos hasta el punto de engendrar un resentimiento incurable. ¡Cómo! ¡lanzar sobre ellos á los hijos mercenarios de la rapiña y del pillaje! ¡entregarlos á ellos y á sus posesiones á la rapacidad de una crueldad asalariada! ¡Si yo fuese americano como soy inglés, mientras hollase mi país un batallón extranjero, no depondría las armas! ¡Jamás, jamás, jamás! Pero, milores, ¿quién es el hombre que, para colmar sus ignominias y fechorías de nuestro ejército, se ha atrevido á pactar una alianza con el feroz é inhumano salvaje de los bosques, á lanzar contra nuestras colonias, contra nuestros parientes, contra nuestras antiguas amistades, al caníbal despiadado sediento de la sangre de los hombres, de las mujeres y de los niños, á asolar su país, saquear sus viviendas, extirpar su raza y su nombre por esas horribles furias de la bárbara guerra? ¡Milores; esas enormidades claman á gritos reparación y castigo! Si no se borran totalmente, caerá una mancha sobre nuestra reputación nacional. Eso es una violación de la constitución: yo lo creo contrario á la ley.»

Hay algo de Milton y de Shakespeare en esa pompa trágica, en esa solemnidad apasionada, en el brillo sombrío y violento de ese estilo recargado y de exce-

siva energía. Con esa soberbia y ensangrentada púrpura se adornan las pasiones inglesas; bajo los pliegues de esa bandera se ordenan todas en batalla, con tanto más denuedo y poderío cuanto que, en medio de semejantes pasiones, hay una santa y pura, el sentimiento del derecho, que las apiña, las emplea y las ennoblece.

«Yo me congratulo de que América haya resistido; tres millones de hombres, tan muertos para todos los sentimientos de libertad que se hubiesen resignado á la esclavitud, hubieran sido instrumentos á propósito para convertir en esclavos á todos los restantes... El espíritu que opone resistencia en América á vuestras contribuciones es el mismo que se opuso en Inglaterra á los dones gratuitos, á la contribución de los buques; es el mismo espíritu que irguió á Inglaterra, y por el *bill* de derechos reivindicó la constitución inglesa; es el mismo espíritu que afirmó este grande, este fundamental, este esencial principio de vuestras libertades: que á ningún súbdito inglés pueden imponérsele tributos más que con su propio consentimiento. Ese glorioso espíritu whig anima en América á tres millones de hombres, que prefieren la pobreza con la libertad á cadenas doradas y á la riqueza innoble, y que morirán por la defensa de sus derechos como hombres, y como hombres libres... A fuer de inglés de nacimiento y por principios, reconozco en los americanos un derecho supremo é inalienable á su propiedad, un derecho que les autoriza á defenderla hasta el último extremo.»

Si Pitt conoce su derecho, conoce también el de los demás; con esa idea removi6 y manejó á su patria. Apelaba á los ingleses contra sí mismos, y en su contra reconocían los ingleses su más caro instinto en la

máxima de que cada voluntad humana es inviolable en su dominio limitado, y debe alzarse con todas sus fuerzas contra la más pequeña usurpación.

Pasiones desenfrenadas y el más viril sentimiento del derecho: he ahí el resumen de toda esa elocuencia. En vez de un orador, hombre público, tomad un escritor, simple particular; ved esas cartas de Junius (1) que, en medio de la irritación y de las inquietudes nacionales, cayeron una á una, como gotas de fuego, sobre los miembros calenturientos del cuerpo político. Si éste trabaja sus frases y escoge sus epítetos, no es por amor al estilo, sino para grabar mejor el insulto. Los artificios oratorios son en sus manos instrumentos de tortura, y, cuando lima sus períodos, es para hundir el cuchillo más profunda y certeramente; con qué audacia de invectiva, con qué rigor de animosidad, con qué ironía tan corrosiva y candente aplicada á las partes más secretas de la vida privada, con qué insistencia tan inexorable de calculada y meditada persecución ataca al adversario, sólo podrán decirlo los textos.

«Milord (escribe al duque de Bedford), estáis tan poco acostumbrado á recibir del público ninguna muestra de respeto ó de estima, que si, en las líneas que siguen, llegase á deslizarse alguna expresión lisonjera ó laudatoria, temo que la toméis por un sarcasmo lanzado contra vuestra reputación ó por un insulto inferido á vuestro discernimiento...» «Hay en vuestro carácter y en vuestra conducta (escribe al duque de Grafton) algo que os distingue, no sólo de todos los demás ministros, sino de todos los demás hombres: no es sólo que ha-

(1) Junius es probablemente Philip Francis.—1769-1772.

gáis el mal deliberadamente, sino que jamás habéis hecho el bien por equivocación; no es sólo que hayáis aplicado tan lastimosamente vuestra indolencia como vuestra actividad, sino que habéis tomado por principio primero y uniforme, y, si puedo decirlo así, por genio de vuestra vida, el talento de pasar por todos los cambios y todas las contradicciones posibles de conducta, sin que jamás haya podido verse en vuestra persona la menor apariencia de una virtud, ni por un espíritu desenfrenado de inconsecuencia, hayáis caído nunca en la tentación de realizar una acción juiciosa y loable.» Continúa y se ceba; aun después de verle caído y deshonorado, sigue cebándose. Por más que confiese que su enemigo, en la situación en que se halla, «desarmaría á un rencor privado», sin embargo, redobla sus ataques. Por lo que hace á mí, no pretendo comprender esas prudentes formas del decoro, esas dulces reglas de discreción que ciertas personas tratan de conciliar con el manejo de los asuntos más grandes y arriesgados; yo desdeñaría guardar consideraciones á un hombre que no las tiene con la nación.

»Ni la sumisión abyecta con que abandona su puesto en la hora del peligro, ni el escudo inviolable de cobardía con que se cubre, lograrían protegerle. Yo le perseguiría hasta el fin de mi existencia y haría el último esfuerzo de mi voluntad por salvar del olvido su efímero oprobio é inmortalizar la infamia de su nombre.» Excepto Swift, ¿se vió criatura humana que haya concentrado y agriado más voluntariamente en su corazón el veneno del odio? No es, sin embargo, una criatura vil, porque se cree al servicio de lo justo. Esta persuasión es la que rehabilita á esos hombres en medio de sus excesos; se desgarran, pero no

se arrastran; cualquiera que sea su adversario, se mantienen erguidos delante de él.

«Señor (dice Junius al rey), la desgracia de vuestra vida y la causa original de todas las reprobaciones y de todas las calamidades que han acompañado á vuestro gobierno, es que jamás habéis conocido el lenguaje de la verdad, hasta que le habéis oído en las quejas de vuestro pueblo. No es demasiado tarde, sin embargo, para corregir el error de vuestra educación. Todavía estamos dispuestos á tener en cuenta indulgentemente las perniciosas lecciones que habéis recibido en vuestra juventud y á fundar las más altas esperanzas en la benevolencia natural de vuestras inclinaciones. Estamos lejos de creeros capaz de un designio deliberado y de un atentado directo contra los derechos originales en que se asientan todas las libertades civiles y políticas de vuestros súbditos. Si hubiésemos podido abrigar sospecha tan deshonrosa para vuestra persona, hubiésemos adoptado hace tiempo una forma de reconvención muy distante de la humildad de la queja. El pueblo de Inglaterra es fiel á la casa de Hanóver, no por vana preferencia de una familia á otra, sino por estar convencido de que el advenimiento de esa familia era necesario para la conservación de sus libertades civiles y religiosas. El príncipe que imite la conducta de los Estuardos debe acordarse de su ejemplo, y no olvidar, al vanagloriarse de la solidez de su título, que, si por una revolución adquirió la corona, por otra puede perderla.»

Busquemos genios menos rígidos, y tratemos de encontrar un acento más dulce. Hay un hombre, Carlos Fox, que fué afortunado desde la cuna; que lo aprendió todo sin estudios, á quien su padre educó en la prodigalidad, á quien la voz pública designó á los

veintiún años como el príncipe de la elocuencia y jefe de un gran partido; espíritu liberal, humano, sociable, fiel á las generosas esperanzas, á quien sus mismos enemigos perdonaban sus defectos, á quien adoraban sus amigos, á quien no había fatigado el trabajo, ni agriado las rivalidades, ni dañado el poder, hombre amante de la conversación, de las letras, de los placeres, y que ha dejado la impresión de su genio en la fluencia persuasiva, en la bondad, en la claridad y facilidad continua de sus discursos. Hele aquí que toma la palabra: piénsese en los miramientos que debe guardar; es un hombre de Estado, un primer ministro, que habla en pleno Parlamento, que habla de los amigos del rey, de los gentiles hombres de cámara, de las familias más ilustres del reino, que tiene delante á sus aliados y á sus parientes, que sabe que cada una de sus palabras se clavará como flecha encendida en el corazón y en la honra de los quinientos hombres que le escuchan. No importa; le han hecho traición, quiere castigar á los traidores, y he aquí á qué picota ata á «los genizaros de antecámara», que, por orden del príncipe, acaban de desertar en medio del combate:

«En todo el dominio del lenguaje no hay términos bastante fuertes y acerados para marcar el desprecio que me inspira su conducta. Es una confesión descarada de inmoralidad política, como si esa especie de traición fuese menos infame que ninguna otra. No es sólo una degradación de un rango que sólo debería ocupar la lealtad más ejemplar y acrisolada; es un acto que los hace perder su derecho á la fama de caballeros, y los pone al nivel de los más bajos y viles de su especie; que insulta á la noble y antigua independencia característica de la aristocracia inglesa, y que tiende á deshonar y envilecer el Parlamento bri-

tánico á los ojos de toda Europa y de la más lejana posteridad. Por qué magia puede la nobleza trocar así el vicio en virtud, yo no sé, ni quiero saberlo; pero, en cualquier otra cosa que la política, y entre cualesquiera otras personas que gentiles hombres de cámara, tal ejemplo de la más monstruosa perfidia sería marcado, como merece, con el estigma del oprobio y la execración.»

Después, volviéndose á los Comunes, añade:

«Un Parlamento, así encadenado y sojuzgado, sin corazón y sin libertad, en vez de limitar la prerrogativa de la corona, la extiende y consolida sin restricciones y hasta un punto sin precedentes. Pero, aunque la Cámara de los Comunes hubiese perdido de una manera tan vergonzosa la conciencia de lo que debe pesar en la Constitución, aunque hubiese olvidado en tales términos sus antiguas luchas y sus antiguos triunfos en la gran causa de la libertad y de la humanidad, aunque fuese tan indiferente á esos fines é intereses primordiales para los cuales fué primitivamente instituida, confío en que el valor característico de este país estaría aún al nivel de semejante prueba; confío en que el pueblo inglés sabría sobreponerse á los manejos secretos con la misma decisión que á la violencia declarada; confío en que no está más dispuesto á defender su interés contra extrañas depredaciones y extraños insultos que á desmascarar y desbaratar esa conspiración nocturna contra la constitución (1).»

He ahí las explosiones de un espíritu dulce y afable; júzguese de los demás. Una especie de exageración apasionada domina en los debates que provocan el

(1) *Fox' speeches*, t. II, 262.

proceso de Warren Hastings y la Revolución francesa, en la acerba retórica y en la declamación arrebatada de Sheridan, en el sarcasmo despiadado y en la pompa sentenciosa del segundo Pitt. Se complacen en la vulgaridad brutal de los colores vivos, en la acumulación de expresiones grandilocuentes, en el encadenamiento de antítesis simétricas, en el desarrollo de periodos enormes y retumbantes. No temen herir, y sienten necesidad de producir efecto. La fuerza: tal es su característica, tal es la característica del más grande de todos, del primer espíritu de ese tiempo, de Edmundo Burke. «Poned á prueba á Burke (decía Johnson) sobre el asunto que os plazca; siempre está dispuesto á haceros frente.» No entró en el Parlamento, como Fox y los dos Pitt, en la aurora de la juventud, sino á los treinta y cinco años, habiendo tenido tiempo de instruirse á fondo en todas las cosas, y siendo ya todo un docto en derecho, en historia, en filosofía, en letras, un hombre de erudición tan universal que se le ha comparado á lord Bacon. Pero lo que le distinguía entre todos era una inteligencia amplia y comprensiva que, ejercitada por estudios y composiciones filosóficas (1), abarcaba los conjuntos, y, rebasando textos, constituciones y cifras, descubría la dirección invisible de los acontecimientos y el espíritu íntimo de las cosas, desdeñando soberanamente á «esos pretendidos estadistas, grey profana de artesanos vulgares, que niegan la existencia de todo lo que no es grosero y material, y que, lejos de ser capaces de dirigir el gran movimiento de un imperio, no son dignos de dar vueltas á una rueda de la máquina.»

(1) *Investigaciones sobre el origen de nuestras ideas de lo bello y lo sublime.*

Por encima de tantos dones, tenía una de esas imaginaciones fecundantes y precisas que creen que el conocimiento acabado es una vista interior, que no abandonan un asunto sin haberle revestido de sus colores y de sus formas, y que, traspasando las estadísticas y el fárrago de los áridos documentos, recomponen y reconstruyen ante los ojos del lector un país lejano y una nación extraña con sus monumentos, su traza, sus paisajes y todo el pormenor animado de las fisonomías y las costumbres. A todas estas potencias mentales unía un corazón noble y ferviente. Pobre, desconocido, habiendo gastado su juventud en compilar para los libreros, consiguió abrirse paso, á fuerza de trabajo y de mérito, con una reputación pura y una conciencia intacta, sin que las pruebas de su vida obscura ni las seducciones de su vida brillante hubiesen menoscabado su independencia ni mancillado la flor de su lealtad. Entraba en la política con un horror al crimen, con una vivacidad y sinceridad de conciencia, con una humanidad, con una sensibilidad, que no parecen propias más que de un joven. Apoyaba la sociedad humana en máximas morales, reclamaba para los sentimientos nobles la dirección de los asuntos, y parecía haberse propuesto realzar y autorizar cuanto hay de generoso en el corazón humano. Había combatido noblemente por las causas nobles: contra los atentados del poder en Inglaterra, contra los atentados del pueblo en Francia, contra los atentados de los particulares en la India. Había defendido, con inmenso saber y con un desinterés indiscutible, á los indios tiranizados por la codicia inglesa, y á «esos últimos y míseros labriegos que sobrevivían adscritos al terruño, desollados por el látigo de arrendatarios y concesionarios, entregados á una sucesión de despotismos

tanto más rapaces cuanto más breves, y flagelados así por todos mientras les quedaba una última gota de sangre que permitiera exprimirles un último grano de arroz.» Se había hecho en todas partes campeón de un principio y perseguidor de un vicio, y se le veía lanzar al ataque todas las fuerzas de su asombroso saber, de su alta razón y de su espléndido estilo, con el ardor infatigable é inmoderado de un moralista y de un caballero.

No le leáis más que á grandes trozos: sólo así es grande. De otra manera, os detendrán y chocarán las exageraciones, las crudezas y las extravagancias. Pero, si os entregáis á él, os veréis arrollados y arrebatados. La masa enorme de los documentos se precipita impetuosamente arrastrada por una corriente de elocuencia. A veces el discurso hablado ó escrito no necesita menos de un volumen para desplegar el cortejo de sus múltiples pruebas y de sus briosas indignaciones. La exposición de toda una administración, la historia entera de la India inglesa, la teoría completa de las revoluciones y del estado político, viene como inmenso río desbordado á aniquilar, con su esfuerzo incesante y con su masa acumulada, cualquier crimen que se pretenda absolver ó cualquier injusticia que se pretenda consagrar. Sin duda, hay espuma en sus remolinos y fango en su lecho; millares de criaturas extrañas se agitan vertiginosamente en la superficie; el autor no escoge, prodiga; precipita en enjambres sus imaginaciones bullentes, énfasis y crudezas, declamaciones y apóstrofes, burlas y exageraciones, todo el hacinamiento grotesco ú horrible de las regiones lejanas y de las ciudades populosas que su ciencia y su fantasía infatigables han atravesado. Dirá, al hablar de los préstamos usurarios á cuarenta y ocho

por ciento y á intereses compuestos con que los ingleses han devastado la India, que «esa deuda es la inno- ble podredumbre en que se ha engendrado toda esa baja ralea de ascáridas y los infinitos repliegues, los nudos eternamente multiplicados, de esas tenias in- vencibles que devoran el sustento y roen las entrañas de la India.» Nada le parece excesivo, ni la descrip- ción de los suplicios, ni la atrocidad de las imágenes, ni el machaqueo ensordecedor de las antitesis, ni los trompetazos de las maldiciones, ni la extravagancia colosal de las bufonadas. Para él, el duque de Bedford, que le ha echado en cara su pensión, es «entre todas las hechuras de la Corona, el lieviatán que juega y se solaza en el océano de las bondades reales, y que, á pesar de lo enorme, á pesar de cubrir una legua con su extensión, no es, después de todo más que una he- chura, puesto que sus costillas, sus aletas, sus barbas, su grasa, los respiraderos mismos por donde lanza un torrente de agua contra su origen y salpica de espuma á los demás, todo lo que hay en él y al rededor de él procede del trono.» Carece de gusto, lo mismo que sus congéneres. La fina educación griega ó francesa ja- más ha encontrado puesto en las naciones germánicas; todo permanece en ellas basto ó mal desbastado; de nada le sirve á éste estudiar á Cicerón y aprisionar sus ímpetus en los diques regulares de la retórica la- tina. Sigue siendo semibárbaro y no logra sobrepo- nerse á la exageración y á la violencia; pero su ardor es tan elevado, su convicción tan firme, su emo- ción tan calurosa y tan exuberante, que se deja uno llevar, se olvida toda repugnancia, no se ve ya en sus irregularidades y sus desbordamientos más que las expansiones de un gran corazón y de un espíritu pro- fundo demasiado abiertos y rebosantes, y se admira

con una especie de veneración desconocida esa efusión extraordinaria, impetuosa como un torrente, vasta como un mar, donde bulle la variedad inagotable de los colores y de las formas, iluminada por el sol de una imaginación magnífica que comunica á ese oleaje cenagoso todo el esplendor de sus rayos.

VI

Examinad los retratos de Reynolds y poned al lado los finos retratos franceses del tiempo, esos risueños ministros, esos arzobispos galanos y airosos, ese ma- riscal de Sajonia que, en el monumento de Estrasbur- go, desciende hasta su tumba con el porte garboso y desenvuelto con que baja un cortesano la escalera de Versalles. Aquí (1), bajo cielos volados por pálidas nieblas, entre suaves y pavorosas sombras, aparecen cabezas expresivas ó reflexivas; el artista no ha re- trocedido ante el agrio relieve del carácter; la bestia estúpida de cara abotagada, el ave de rapiña extra- ña y lúgubre, la geta huraña del temible mastín, todo lo ha puesto; la finura niveladora no ha disimulado las asperezas del individuo con una gracia uniforme. Be- lleza hay, pero en otra parte: en la fría decisión de la mirada, en la profunda seriedad y en la nobleza triste del semblante pálido, en la gravedad concienzuda y en la indomable resolución del ademán contenido. Al lado de ellos, en vez de las cortesanas de Lely, se ven damas honradas, á veces severas y activas, buenas

(1) Lord Heathfield, el conde de Mansfield, el mayor Strin- ger, Lawrence, lord Ashburton, lord Edgewcombe, etc.